

Y he aquí que una Voz,
una vaga Voz
silenciosa
y enorme,
un vasto Rumor omnipresente y polifono,
ha flotado,
formidablemente,
en el espacio;
y ha llegado a mi oído.
Y es la gran Voz de aquella Ceiba gigantesca
que se alza a la orilla del camino,
destacando su inmensa copa
en negro
sobre la claridad azul.

Sí, me ha hablado su Voz insonora;
me ha hablado la enorme Voz del árbol americano,
silenciosamente,
vaga y profunda y sigilosamente,
con el vasto Rumor polifónico de las alas del viento.
Y me ha dicho:
«Por qué desear la compañía de los hombres,
hombre
que vas sin rumbo entre la niebla de tus lágrimas,
si no tienes nada que darles,
nada que darles esta noche,
sino tu dolor,
tu absurdo dolor
irracional y visceral,
que no es más que dolor de vivir?
Tu dolor fantástico,
—¡pero tan real!—
tu dolor
que aún no podrían apreciar
los que todavía no saben
que son hombres,
los que todavía
no se sienten
VIVIR?»

«¿Por qué desear la compañía de otros hombres,
oh tú que vas tropezando por la vida,
ciego de soledad,
y de humanidad,
y de lágrimas,
tú que pretendes estar solo?
¡No,
no estás solo todavía,
hombre
¡No estás todavía lo bastante solo,
no eres aún DIGNO de estar solo,
si todavía deseas la compañía de los hombres!»

«Porque el hombre realmente solo
sabe que no está solo nunca:
y si tú eres de veras solo,
si tú estás realmente lejos
de LOS HOMBRES
debes sentir a tu lado,
por la carretera,
marchando oscuramente,
profundamente,
cansadamente,
las sordas, inmemoriales pisadas
de otro Sér incorpóreo,
de otro Sér grande
y misterioso
y triste:
¡porque a tu lado va llorando,
y titubeando,
y tropezando,
a tu lado,
eternamente,
va sufriendo EL HOMBRE!»

«¿No comprendes
que el hombre solo no está solo,
sino que ES solo,
porque nació solo;
porque se nace solo

o se nace gregario,
como se nace blanco o negro?
»Déjales que vivan,
gregariamente,
sus pequeñas vidas de gregarios:
déjales a ellos su consuelo DE ELLOS,
que no puede ser consuelo para ti:
el consuelo animal
de sentir el calor mutuo de sus cuerpos,
que tiritan en la soledad;
y guarda tú el consuelo tuyo,
el áspero consuelo de ser solo,
¡la agria alegría
cuyo frío
no podrían ellos resistir!»

«¡Si, déjales que vivan,
pobres hombres y mujeres,
déjales que vivan la pobre vida de los hombres;
y vive tú,
Hombre,
vive tú la vida tuya;
la vida del HOMBRE!»

»Acepta y vive tu soledad.
Acéptala y vivela
como parte de ti mismo,
como condición de tu existencia:
como hago yo, La Ceiba,
yo que lanzo a lo lejos mis semillas volanderas,
sobre las alas del viento,
para estar siempre sola.
¿Viste alguna vez a la Ceiba
acompañarse de otras ceibas?
No. Yo soy sola.
Yo tengo el orgullo de mi soledad,
porque sé que la soledad
es condición de mi existencia:
¡Yo no puedo vivir acompañada,
porque tengo que elevar mi copa
por encima de las bestias
y de los hombres
y de los árboles!»

¡Porque sé que necesito
la tierra,
toda la tierra,
para mis raíces inmensas,
y necesito el espacio
todo
para mis ramas desmesuradas!»

»No, yo no puede vivir en compañía.
¡Y el cielo mismo
no es sino la vasta copa
de una gigante Ceiba azul,
que echa a volar,
inmensamente,
por los espacios infinitos,
los blancos algodones
de la Via Láctea,
las claras semillas
voladoras
de los astros!»

»Hombre,
sé como la Ceiba:
¡aislate,
Hombre,
que el aislamiento es signo de grandeza!
Vive solo,
para que puedas vivir:
¡para que hayas tierra y espacio
para tu crecimiento enorme.

¿Qué más quieres,
si tu dolor es tuyo,
TUYO,
solo tuyo,
y no tienes con quién compartirlo?